DOS SANTOS
DE LA
EUCARISTIA

DOS SANTOS
DE LA
Eucaristía

por

S. R. S.

Dibujos de X. Tulla

✲

ISBN: 84-7770-448-1
D.L.: Gr. 88-99
Con licencia eclesiástica
Imprime: Azahara SL

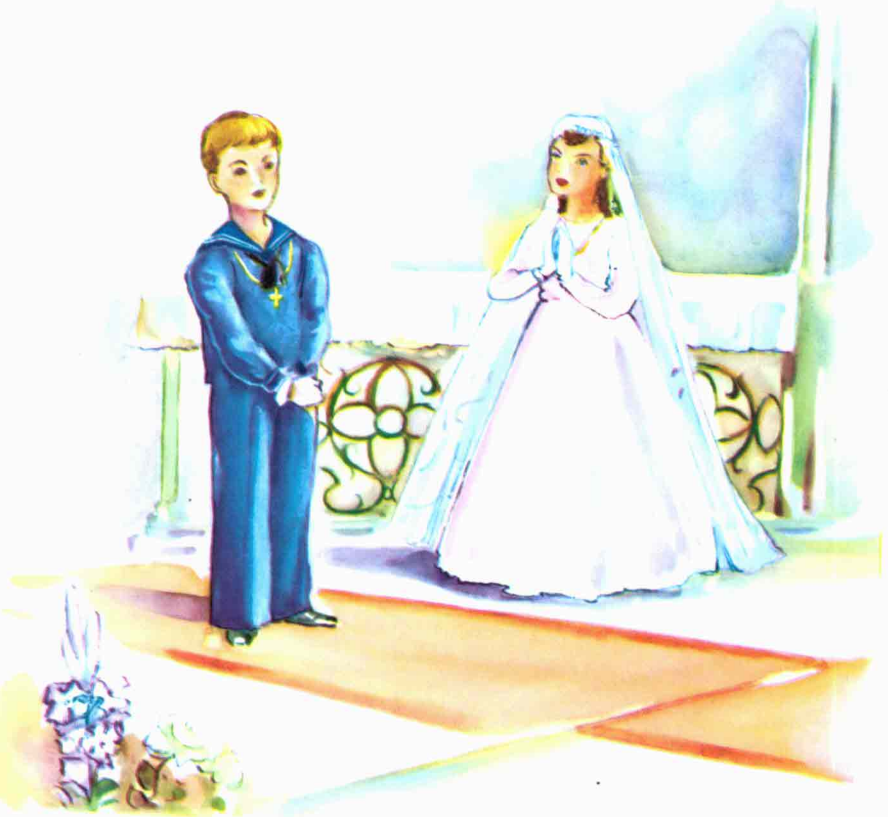
Nihil Obstat
El Censor,
Dr. Cipriano Montserrat, Pbro.
Barcelona, 15 de octubre de 1956

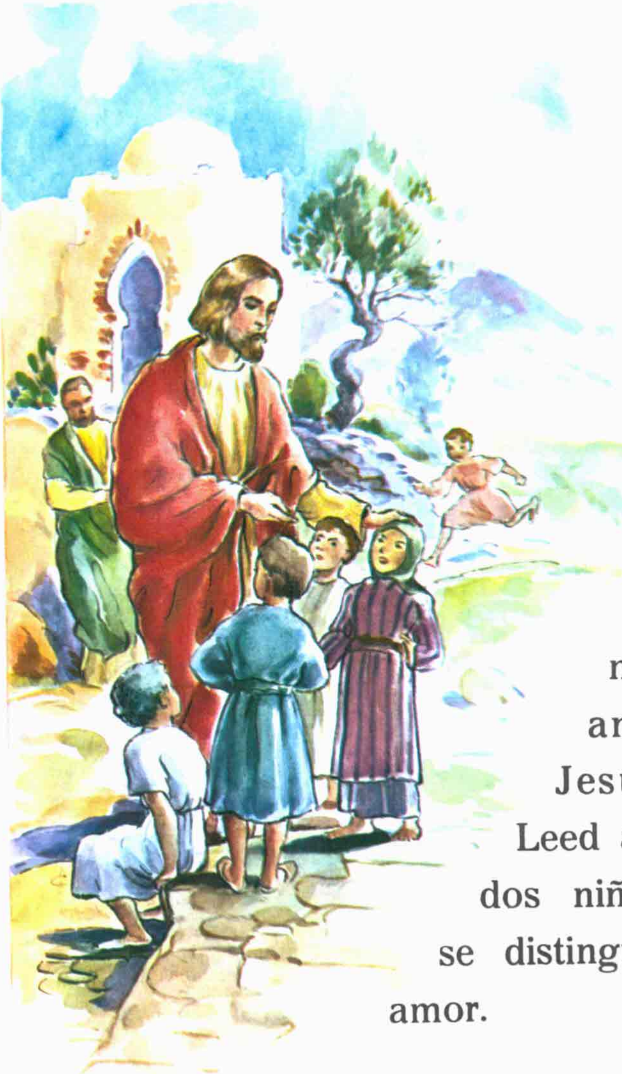
Imprímase:
✝ GREGORIO
Arzobispo-Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Rvma.
Dr. Alejandro Pech
Canciller-Secretario

NIÑOS, vosotros habéis hecho la Primera Comunión, o estáis a punto de hacerla. ¡Qué felicidad! ¡Qué contentos estáis! Y tenéis razón.

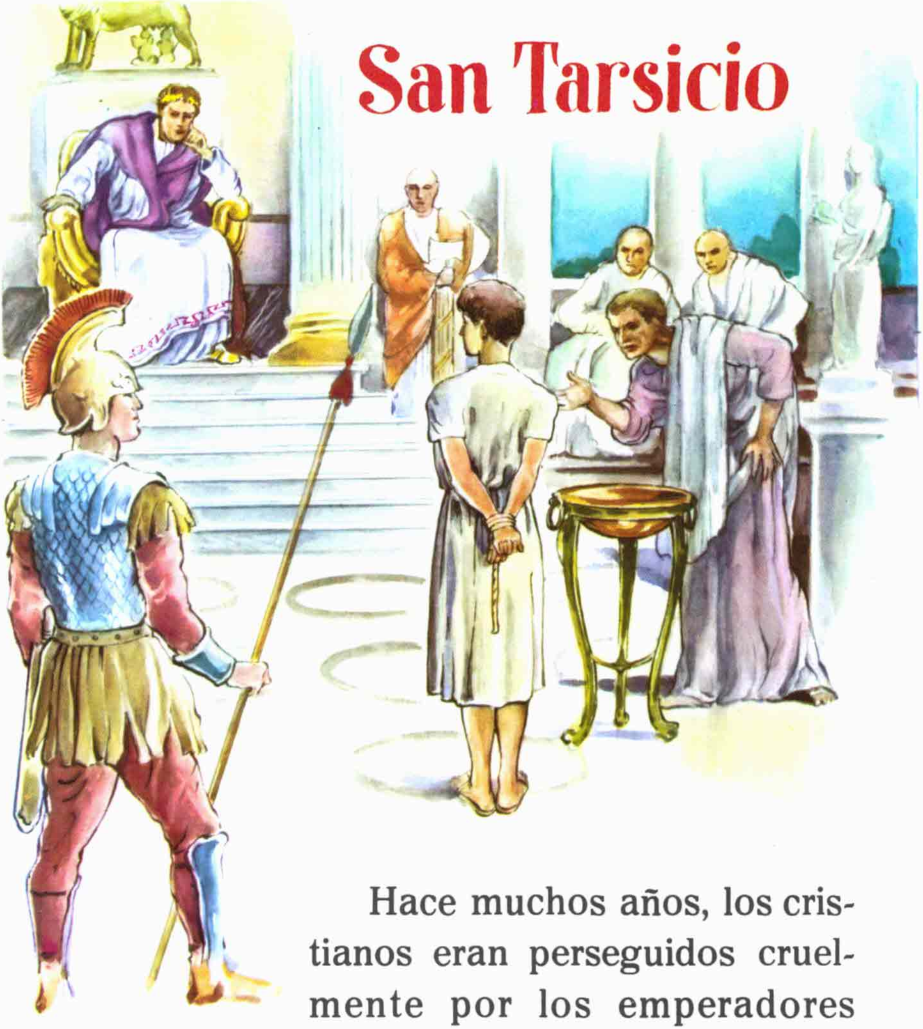
¿Por qué?



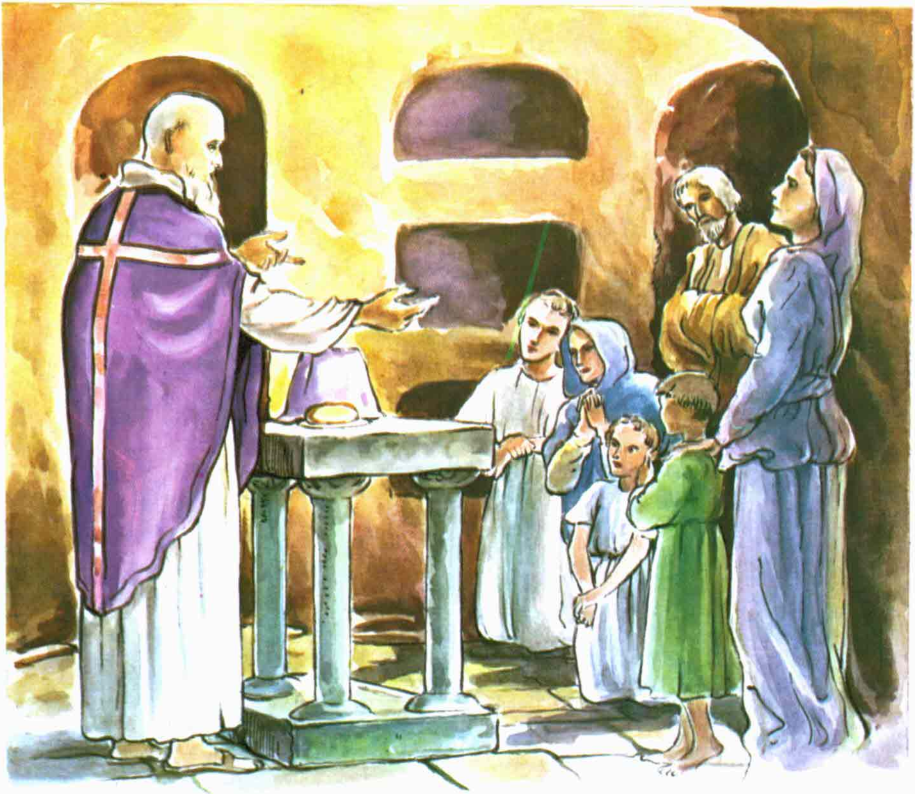


Porque es Jesús el que está en vuestro corazón por la Comunión. Aquel Jesús que tanto amaba a los niños. Por esto los buenos niños desean y aman mucho a Jesús Eucaristía. Leed aquí la vida de dos niños santos que se distinguieron en este amor.

San Tarsicio

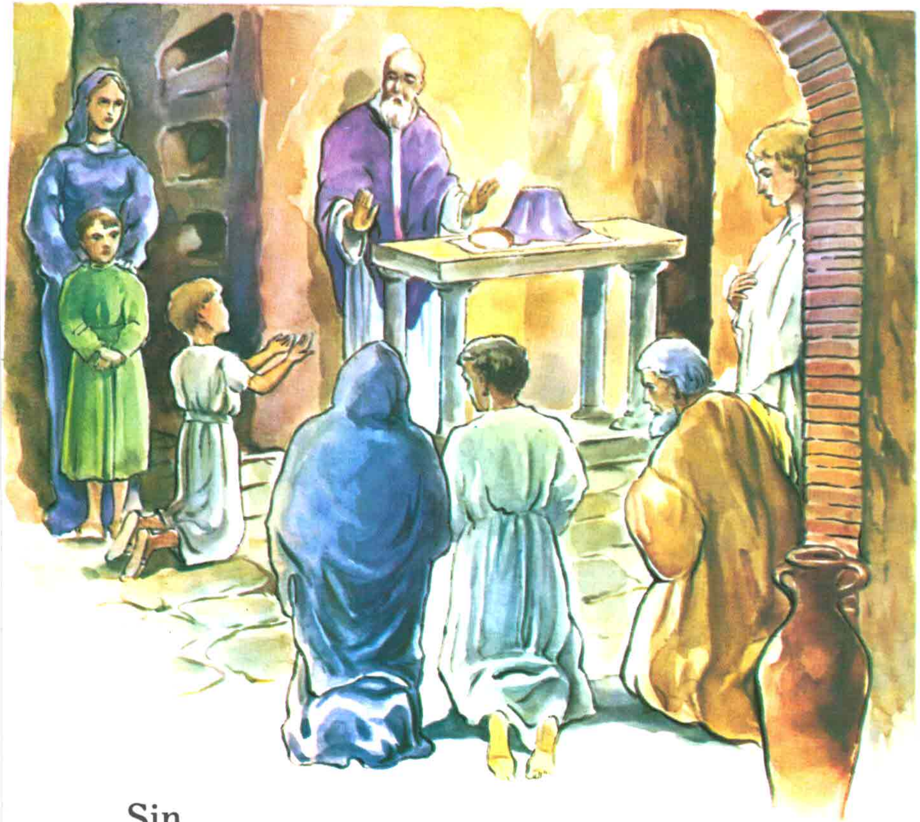


Hace muchos años, los cristianos eran perseguidos cruelmente por los emperadores romanos. Por ello los cristianos se tenían que ocultar en las Catacumbas para ir a Misa y comulgar.



En Roma hay unas catacumbas que se llaman de San Calixto. Un día celebraron Misa allí. Después de la Misa el sacerdote dijo: «¿Hay alguien que quiera llevar la Comunión a unos pobres cristianos que han de morir comidos por las fieras?

Era muy peligroso llevar la Comunión por las calles de Roma llenas de paganos malos y crueles. Los paganos estaban siempre a punto de coger cualquier cristiano para matarlo.



Sin
embargo,
un joven, casi
un niño se ofreció
a llevar la Comunión a los enfermos. Se llamaba Tarsicio. Era un muchacho muy bueno y piadoso.

El sacerdote no quería darle a Jesús. Pero tanto rogó Tarsicio que al fin le entregó a Jesús Eucaristía para llevarlo a los cristianos prisioneros.

Ya en la calle, Tarsicio encontró a una señora, parienta suya, que le invitó a entrar en su casa; él se negó diciéndole que tenía un trabajo urgente
que hacer.

Bien pronto encontró unos muchachotes de su edad que le rogaron que tomase parte en sus juegos. El no quiso. Dió la excusa de su prisa. Los muchachos insistieron.

Fué entonces cuando uno de ellos observó que Tarsicio no movía sus manos cruzadas de delante del pecho.

Se lo dijo a los demás...

Al momento todos gritaban: «Enséñanos lo que traes».

Force-
jeaban todos para cogerle
la Eucaristía.

El resistía diciendo: Nunca, jamás. Al ver que no podían arrebatarle el tesoro empezaron a golpearle y tirarle piedras con toda su fuerza y malicia

Por fin pasó un soldado conocido de Tarsicio y puso en fuga a los muchachos.

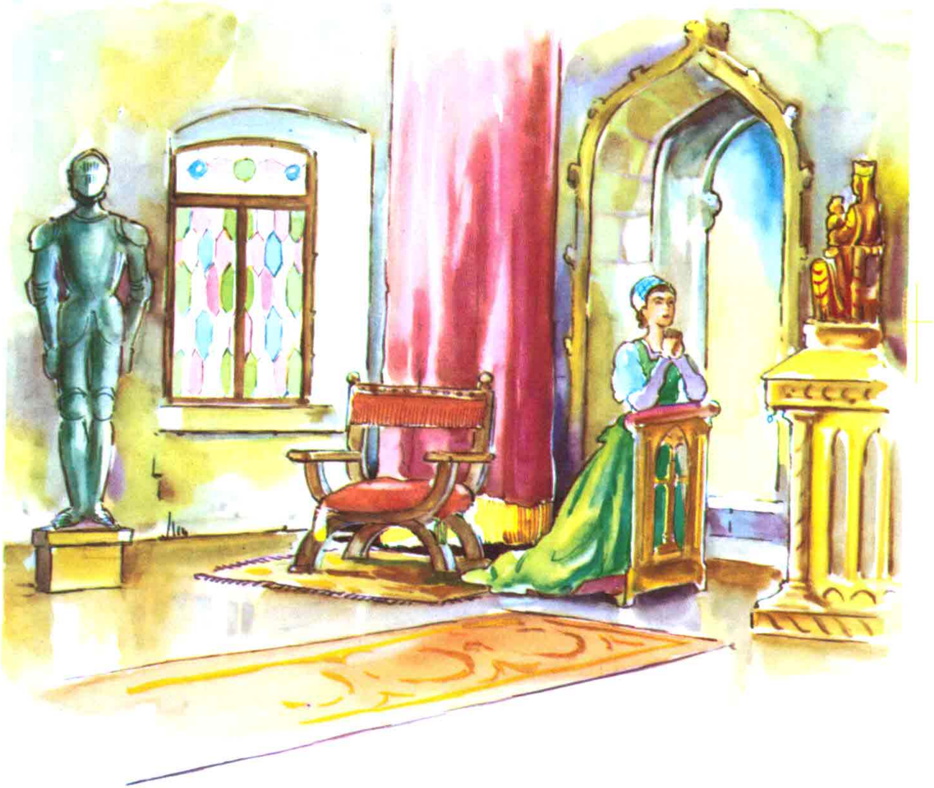
Pero ya era tarde.

Tarsicio murió al cabo de pocas horas por los golpes recibidos. Sobre su pecho llevaba aún la Eucaristía, que no se había dejado arrebatar.

Beata Imelda

En una bella ciudad de Italia había, hace muchos años, un gran palacio.

En él vivían unos señores muy ricos y nobles. Eran los Condes de Lambertini.



Eran buenos y piadosos.

Vivían tristes porque no tenían ningún hijo.

Pero, como eran buenos, pedían a Dios que les enviara un niño o una niña que amara mucho a Jesús y a María.

Hubo un día gran fiesta en el hermoso palacio.

Había nacido una niña bellísima.

La bautizaron pronto con el nombre de Imelda.

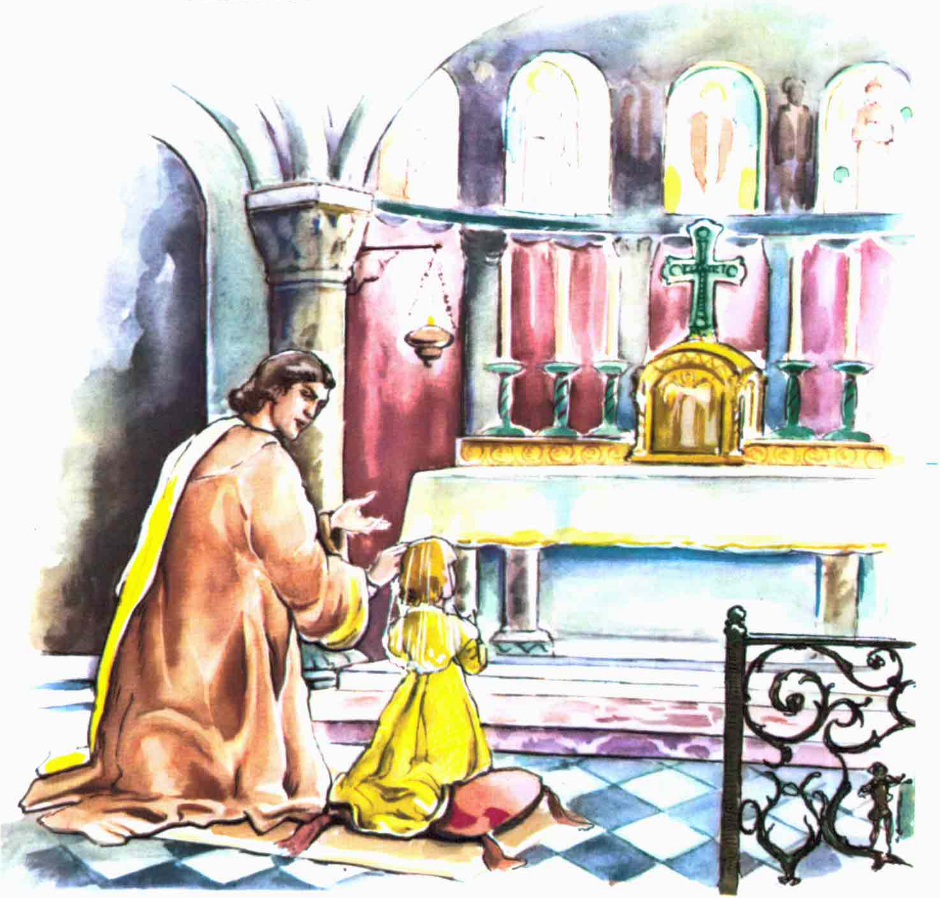
La niña aprendió de sus padres y maestros lo que aprenden todos los niños. A comer, a andar, a leer...

Pero sobre todo lo que mejor aprendió Imelda fué a rezar y a amar a Dios.

Un día le explicaron que Jesús estaba en la Eucaristía

Su corazón se llenó de gozo.

Desde aquel día se escapaba muchas veces a la capilla del palacio para estar cerca de Jesús rezando.



Imelda pensó que para estar siempre cerca de Jesús lo mejor era estar en un convento.

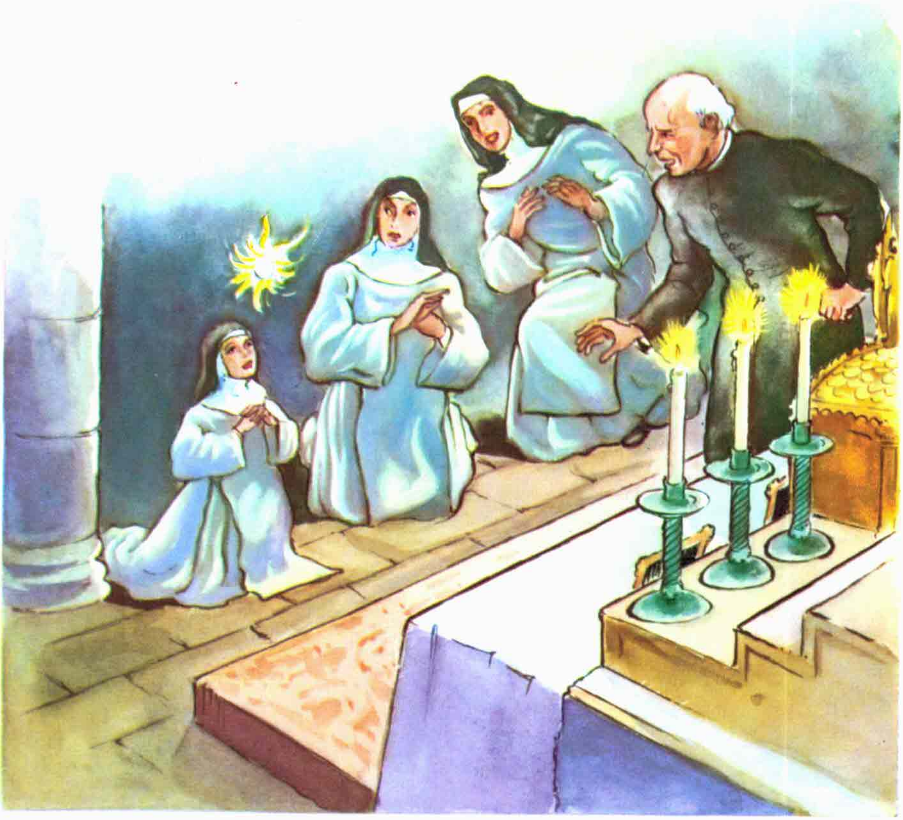
Tenía 9 años. Y así, según la costumbre del tiempo, entró en un convento de monjas a esta temprana edad.

Imelda en el convento no era feliz. Tenía a Jesús cerca, pero no lo podía recibir. No le dejaban hacer la primera Comunión. ¡Qué tristeza para ella!

Cada día con lágrimas de deseo pedía a Dios el don de poderle recibir pronto. Cada día Imelda era más buena. Y Dios la escuchó.

Un día, después de la Misa, cuando Imelda más deseaba recibir en su corazón a Jesús, una Hostia salió volando del Sagrario cerrado.

La Sagrada Forma volaba y se dirigía hacia donde estaba Imelda arrodillada.



En vista de tal milagro, el sacerdote cogió la Hostia y se la dió a Imelda para comulgar. Imelda ya tenía lo que deseaba. Tan fuerte era el gozo y el amor de Imelda que Jesús, en aquella misma hora, se la llevó al cielo para siempre.

Queridos niños y niñas. Ya veis como la

Beata Imelda deseaba recibir al buen Jesús y como San Tarsicio dió su vida para defender a Jesús. Así tenéis que hacer vosotros. Amar a Jesús. Recibirlo con gran deseo. Defenderlo contra los pecados que querrían echarlo de vuestro corazón.

9 788477 704485